

Reseñas críticas

A propósito de Paula Bruno, **Pioneros Culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910**, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 240 pp.

Este libro es la adaptación de la tesis leída por la Doctora Paula Bruno en la Universidad de Buenos Aires hace dos años. Se trata, como dice la autora-investigadora del CONICET y profesora en la Universidad de Buenos Aires, de un acercamiento a la vida cultural argentina durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX a través de las biografías de cuatro personajes de gran importancia: Eduardo Wilde (1844-1913), José Manuel Estrada (1842-1894), Paul Groussac (1848-1929) y Eduardo Holmberg (1852-1937). Estos hombres hicieron sus primeros pasos como intelectuales en la década de 1860, momento en el que, con el fin del “rosismo” se comenzó a organizar una comunidad intelectual particular que experimentaba constantes modificaciones por la llegada de figuras de otras latitudes —el propio Groussac es un ejemplo— que convivían con las locales, las que estaban emergiendo y las que ya estaban consolidadas. Más allá de las diferencias entre estos intelectuales —detalladamente analizadas en el libro— todos ellos surgieron a la sombra de los prohombres de la patria —Sarmiento, Alberdi, Mitre— y se tuvieron que hacer un lugar en un contexto complejo y en constante transformación. Su crepúsculo como figuras prominentes de la cultura argentina se produjo en un momento en que se profundizó la modernización del mundo cultural y los nuevos defensores del ensayo positivista, por un lado, y las nuevas figuras profesionales especializadas, por el otro, llegaron al centro de la escena, dejándolos entre aturdidos y fuera de contexto.

El libro se estructura siguiendo este planteamiento general y presenta, después de una introducción, cuatro capítulos biográficos dedicados a cada uno de los personajes, y un último apartado titulado “Ensayo final. Coordenadas de una época”, seguramente el más sugerente por todo lo que tiene de síntesis y de potencialidad explicativa, en el que Bruno plantea las ideas fundamentales del

libro y articula los cuatro personajes para dar al lector una compleja visión de conjunto de la vida cultural argentina del período.

Desde el principio, el lector tiene claro que se encuentra ante una apuesta metodológicamente interesante y con una gran potencialidad: estudiar algunos hombres de la “Generación del 80” desde una perspectiva cultural que sirve para matizar una parte de la historiografía que ha puesto el énfasis en sus vinculaciones con la política y el poder en el momento histórico de la llegada a la presidencia de Julio A. Roca. Se trata, por tanto, de trascender la “fotografía de 1880” y pensar en una perspectiva a medio plazo para explorar las singularidades de la vida cultural de esta época, tradicionalmente pensada en términos de transición cultural. Desde esta perspectiva, Bruno se sitúa como parte de una corriente que se ha ido consolidando en los últimos años en la historiografía argentina, que ha puesto en cuestión clasificaciones clásicas —“Generación del 80”, “roquismo”, “oligarquía”, entre otras—, que veían los actores sociales en bloques compactos, y ha estudiado sus fracturas en todo nivel y, para el caso de los intelectuales, ha planteado categorías como “cosmopolitas y nacionalistas” (Lilia Ana Bertoni) o “liberales reformistas” (Eduardo Zimmermann). Así, más que dar cuenta de un todo homogéneo, los intelectuales escogidos ponen de manifiesto la diversidad constitutiva de una esfera cultural en constante transformación, marcada por las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda, en sus primeras décadas, y por la determinante llegada de Julio Roca en 1880, más tarde.

Teniendo en cuenta esta renovación historiográfica, la autora es deudora de la mejor historiografía francesa que ha analizado recientemente el método biográfico como herramienta de aproximación a una época histórica (François Dosse y Sabina Loriga, entre otros) y se inscribe en la línea de la historia social de los intelectuales al intentar combinar circunstancias biográficas con procesos políticos y económicos. Así, a pesar del marcado énfasis cultural, Bruno no deja de lado los elementos políticos, intenta

asumirlos como una parte central del análisis y, desde el principio, enfatiza la vinculación de los cuatro intelectuales con el poder político y cultural (las relaciones y los intercambios de Mitre con Estrada, Groussac, Wilde y Holmberg así lo demuestran). Esta relación, argumenta Bruno, los obligó a definirse culturalmente y los llevó a preguntarse si había alguna tradición cultural en la que debían inscribirse o si, por el contrario, era necesario forjar una nueva. La respuesta fue dubitativa —oscilaron entre el parricidio y la reivindicación tibia— y probablemente eso hizo que fueran considerados por la historiografía como unos intelectuales en transición. Sin embargo, su propuesta fue muy clara en su relación con la política y se postularon como figuras alejadas del doble perfil de hombre de letras y hombre político que había definido los destinos de la nación previamente. Desde diferentes perspectivas, los cuatro consideraron la política como un ámbito que bloqueaba las posibilidades de desarrollo de la cultura nacional desde la cual pensaban que tenían que proyectar sus actividades. Pese a todo, esto no los llevó inexorablemente a cuestionar las instituciones: rechazar la política y ocupar cargos en el Estado no eran incompatibles. Trabajar o no para el Estado no fue motivo de duda para estos intelectuales; participar o no de la vida política, sí. Así, Groussac y Holmberg se mantuvieron fuera de las dinámicas políticas pero se hicieron fuertes como directivos de importantes instituciones (la Biblioteca Nacional y el Jardín Zoológico respectivamente); Estrada y Wilde, en cambio, ocuparon cargos en las cámaras, sobre todo a partir de 1880, e ingresaron con diferentes niveles de compromiso en el mundo político, aunque lo trataron siempre despectivamente. Por ello, según Bruno, ninguno de ellos puede ser considerado simplemente como parte de un grupo de escritores al servicio del Estado o de cómplices de un régimen.

En líneas generales, la propuesta del libro es volver a pensar los años que van desde 1860 a 1910 como un período con una dimensión cultural propia y que no se corresponde estrictamente con la mirada desesperanzada de sus protagonistas, miembros de una élite cultural que se



desarrolló en un escenario que presentaba múltiples vías de inserción institucional para la acción de unos “pioneros culturales” —la expresión de la autora es muy afortunada— que presentaron proyectos para conducir la Argentina, situando alternativamente la redención en la cultura, la ciencia y la política, y ocupando puestos institucionales de importancia a partir del trascendental período abierto en la década de 1880.

Tal como recoge François Dosse en *La Apuesta biográfica*, Walter Benjamin afirmó que “la vida de un individuo está contenida en una de sus obras, en uno de sus hechos y que en esta vida hay una época entera”. Una parte importante de la potencia sugerente de esta frase se puede encontrar en las páginas de este libro. Éste es un gran mérito que hace de este libro una lectura de referencia para comprender un poco mejor la Argentina del cambio de siglo.

Maximiliano Fuentes Codera
(Universidad de Girona)

A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coords.), Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012, 352 pp.

En su rol de coordinadores del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (siglos XIX-XX) de El Colegio de México, Alejandra Pita González y Carlos Marichal Salinas han impulsado diversos encuentros destinados al análisis y discusión de problemáticas relativas al estudio de las ideas y los intelectuales latinoamericanos. Un primer resultado de ese esfuerzo colectivo se materializó en el libro *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX* (2004), el cual aborda el modo en que distintos intelectuales y políticos latinoamericanos pensaron la identidad de América Latina a lo largo del período escogido. *Pensar el antiimperialismo* constituye una suerte de segundo eslabón en el camino por explorar indagaciones intelectuales sobre la identidad latinoamericana partiendo, en este caso, de la centralidad que adquirió el imperialismo en los intentos por definir la especificidad de América Latina.

Ahora bien, si la pregunta por la identidad y originalidad de la región ha sido una de las constantes de la historia del pensamiento latinoamericano desde los albores de la vida

independiente, en este caso el estudio se ciñe al período entre 1900-1930. Este recorte temporal encuentra su razón en un intento por ilustrar cómo la política expansionista desplegada por los Estados Unidos hacia la región desde finales del siglo XIX operó una transformación en las formas de concebir a la gran nación del norte que moldeó a su vez nuevas miradas sobre América Latina. Así, la noción de Norteamérica como modelo de civilización era reemplazada por la del gran coloso del norte cuyo avance sobre los países de la región constituía un serio peligro para la soberanía y el progreso de los países latinoamericanos. Consecuentemente, el diagnóstico acerca de las dificultades que experimentaba América Latina para consolidar su camino hacia el progreso dejaban de ser asociados a los males intrínsecos y constitutivos de la región —raza y medio, entre otros— para colocarlos en factores externos: el imperialismo yanqui. En torno a esta reconfiguración en los modos de pensar a Norteamérica y su relación con las naciones latinoamericanas emergieron una serie de discursos críticos que la historiografía ha englobado bajo la categoría de “antiimperialistas”.

Este planteo, aludido aquí en forma muy esquemática, es el que funda y ordena la empresa que coordinan Pita González y Marichal Salinas en tanto ésta se presenta como un intento por rescatar una serie de autores y textos claves que, desde distintos enfoques ideológicos, estéticos y analíticos, han tenido como temática común al imperialismo norteamericano. De allí que esta obra se emparente con el clásico estudio de Oscar Terán —“El primer antiimperialismo norteamericano”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986— en su intento por ampliar el corpus de autores entonces presentado por ese investigador. En consonancia con ese interés, *Pensar el antiimperialismo* ha recortado, del amplio espectro que componen los escritos e intelectuales críticos del expansionismo norteamericano del período, las formulaciones esgrimidas por Paul Groussac, Carlos Pereyra, Isidro Fabela, Salvador Mendieta, Máximo Soto Hall, Luis Araquistain, Alberto Ghirardo, Joaquín Edwards Bello, Manuel Seoane, Scott Nearing y Joseph Freeman. Cabe aquí destacar que los textos originales de estos autores han sido digitalizados e incorporados a la página *Web* del Seminario en una apuesta por facilitar el acceso y la difusión de estas obras del pensamiento latinoamericano (ver: sección “Biblioteca digital” en <http://shial.colmex.mx/>)

Antes de referir a los ensayos incluidos en el libro resulta pertinente examinar el modo en

que en él Pita González y Marichal Salinas han abordado la cuestión del antiimperialismo. A fin de discutir su identificación con el nacionalismo “más craso”, los organizadores del volumen enfatizan que las formulaciones críticas del expansionismo norteamericano han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental. Es por ello que advierten contra la asignación a priori de significados posibles, y auspician —retomando una propuesta de Martín Bergel— un acercamiento al antiimperialismo como un *concepto flexible* que permita dar cuenta de su diversidad de significación. Si este supuesto queda evidenciado en el tratamiento de los textos incluidos en el libro, los coordinadores se preguntan si es posible encontrar un principio de unidad que ordene los distintos discursos antiimperialistas correspondientes al período bajo estudio y, para ello, exploran los conceptos de género y generación sopesando su utilidad para tal propósito.

El examen de los autores y textos antiimperialistas seleccionados para esta ocasión se abre con un trabajo de Paula Bruno sobre el intelectual francés radicado en Argentina: Paul Groussac. La autora recompone la trama de significaciones con que esta figura organizó su valoración acerca de España y Estados Unidos para centrarse en los desplazamientos que la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana de 1898 operó sobre aquellas consideraciones. La radicalización de su crítica hacia Norteamérica conjuntamente con la reivindicación de un legado hispano antes denostado permite inscribir, señala Bruno, a Groussac dentro del registro del primer antiimperialismo latinoamericano. En el segundo artículo, Andrés Kozel y Sandra Montiel analizan las reflexiones del historiador mexicano Carlos Pereyra en torno a la política exterior norteamericana. A partir del contraste entre una serie de textos del autor fechados entre 1905-1908 y su obra *El Mito de Monroe* (1916) buscan resaltar las transformaciones en el posicionamiento de Pereyra desde su inicial defensa del panamericanismo hacia su posterior denuncia que lo enmarcaría en la estela de los discursos antiimperialistas abiertos tras la guerra del 98. El siguiente estudio corresponde a Luis Ochoa Bilbao quien aborda la figura del intelectual, político y diplomático mexicano Isidro Fabela y su obra *Estados Unidos contra la Libertad* (1918). El trabajo que emprende el autor no se reduce a un mero análisis textual de un libro que aspiraba a ser una historia del imperialismo norteamericano sino que intenta reconstruir el sentido implicado en una obra realizada por un funcionario del gobierno de Venustiano Carranza que tenía por misión obte-